

belion del conde de Lemos les obligó, casi en los mismos momentos, á partir á Galicia para apaciguarla, y llegado el invierno se marcharon á Salamanca, donde pasaron la estacion del frio. El continuo movimiento de la corte, que se trasladaba de un punto á otro, segun las exigencias de la campaña, hacia casi imposible que los Reyes Católicos se ocupasen de otra cosa que de lo que consideraban como el asunto vital de la patria: la ocupacion absoluta del territorio español que aun miraba impresa la huella de las huestes mahometanas. Isabel y Fernando se encontraban continuamente ó acampados ó visitando las diversas provincias, para atender al buen gobierno de ellas.

Entre tanto Colon permanecia en Córdoba, ocupándose en dibujar mapas y cartas para mantenerse, como lo habia hecho en Lisboa, sostenido siempre por la ardiente fé de que Dios, que le habia escogido como instrumento para dar á conocer la parte ignorada de la tierra que gemia en la idolatría, dispondria el momento en que fuese escuchado y creido. Esta fé inquebrantable y la energía de su carácter, le dieron esfuerzo para no desmayar ante las burlas de los ignorantes y de los necios, que le juzgaban dominado por una idea extravagante que se habia grabado en su imaginacion. Pero al lado de los muchos que no eran capaces de comprender la importancia de la idea de Colon, habia algunas inteligencias á quienes la explicacion de su sistema habia cautivado, tomándola por la mas lógica y demostrable. Se contaban en el número de los adictos á su plan, D. Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, hombre instruido que le franqueó su casa; el nuncio pontificio, D. Antonio Geraldini, y su hermano Alejandro

Geraldini, que era preceptor de los hijos menores de los Reyes Católicos. Por la amistad de estos personajes, que se manifestaron ardientes defensores de la teoria de Colon, logró el marino genovés ser admitido á la presencia del gran cardenal de España y arzobispo de Toledo, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, personaje de importancia, con quien Isabel y Fernando consultaban los negocios mas árdulos. Era D. Pedro Gonzalez de Mendoza, hombre de ciencia y de claro ingenio, de comprension viva y fácil, y de carácter benévolo y afable. Recibió á Colon con el trato dulce y franco de las personas instruidas y bien educadas, y escuchó sus demostraciones con sumo interés y complacencia. Comprendiendo Colon toda la importancia de aquella entrevista, se esforzó en patentizar el fundamento seguro de su teoría, que fácilmente fué comprendido y justamente apreciado por el inteligente arzobispo y cardenal, que desde aquel instante se declaró su firme protector y amigo. Los Reyes Católicos, obsequiando el deseo del ilustre prelado y consejero, admitieron á su presencia á Colon, le escucharon con agrado y benevolencia, y en seguida encargaron al gran cardenal que convocase á los astrónomos mas distinguidos de España para que, reunidos en Salamanca, en determinado dia, examinasen las bases de la teoría de su recomendado.

Colon fué hospedado en el convento de dominicos de San Estéban, donde le atendian esmeradamente en todo lo que necesitaba, y las conferencias se celebraron en el mismo edificio. La ciencia estaba entonces en los claustros, y por lo mismo, los que formaban la junta que iba á examinar la proposicion del sabio genovés, eran eclesiás-



ticos. La mayoría de los vocales consideraba absurda la teoría de Colon; pero hubo muchos que opinaron de manera muy distinta, defendiéndola con calor y elocuencia el sabio religioso de la orden de Santo Domingo, D. Diego de Daza, catedrático de teología del convento de San Estéban. Las conferencias se repitieron; pero al fin las vino á interrumpir la salida de la corte para Córdoba, en la primavera de 1487, por motivo de los asuntos de la guerra y de la importante campaña de Málaga. Colon seguía á la corte con la esperanza de lograr la realizacion de su idea, y los reyes le señalaron un sueldo corto para que pudiese atender á sus gastos mas precisos, en tanto que se tomaba una resolución definitiva. Así pasaron cerca de seis años sin que los asuntos de la guerra contra los moros permitiese á los reyes ocuparse en el proyecto para descubrir el Nuevo-Mundo. Colon, viendo transcurrir inútilmente el tiempo y con él internarse en la vejez, se propuso, aunque con sentimiento, dirigirse á París, desde donde le habia llamado el rey de Francia. Tomada aquella resolución, salió de Córdoba, y marchó al convento de la Rábida, con objeto de ponerse en camino para el extranjero con su hijo Diego, y despedirse de su excelente amigo Fray Juan Perez de Marchena.

El buen religioso se sorprendió de ver llegar triste y sin esperanza al hombre cuyo genio admiraba y cuya partida consideraba como una pérdida irreparable para la patria y para la humanidad. Lleno de noble celo por la propagacion de toda idea grande, y animado por la sincera amistad que profesaba al cosmógrafo genovés, llamó inmediatamente al instruido médico de Palos, García Fernandez,

examinaron detenidamente el plan de Colon, consultó la opinion de Martin Alonso Pinzon, uno de los marineros españoles mas experimentados de Palos, y convencido de que el proyecto tenia todas las probabilidades de buen éxito, suplicó á Colon que se detuviese por algunos dias en el convento, ínterin recibia la contestacion á una carta que iba á escribir á la reina, avisándole de todo lo que pasaba. Fray Juan Perez de Marchena habia sido anteriormente confesor de Isabel y conocia perfectamente los generosos sentimientos de su alma. Colon consintió en detenerse, pues unas relaciones amorosas que tenia en Córdoba, le hacian dejar con sentimiento España, y se envió con la carta á un inteligente marino llamado Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, que se habia declarado entusiasta adicto del proyecto de Colon.

El activo comisionado consiguió ser admitido á la presencia de la reina, y le entregó la carta del guardian de la Rábida. Isabel se hallaba favorablemente dispuesta á patrocinar el admirable proyecto; habia oido hablar ventajosamente de él al gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, lo mismo que á otros religiosos respetables por su ciencia y sus virtudes; habia recibido además una carta del duque de Medinaceli, recomendándole el pensamiento del sabio genovés, y dejándose conducir de los impulsos generosos de su corazon, contestó á Fray Juan Perez de Marchena en términos favorables, diciéndole que se presentase inmediatamente en la corte, y que hiciese saber á Colon, que pronto se resolveria lo que fuese conveniente.

El excelente religioso mandó ensillar sin pérdida de momento su mula, leyó á Colon y á sus amigos la carta de



la reina, y lleno de alegría y de esperanza, se puso en camino, á media noche, con direccion á la corte. Isabel recibió á su antiguo confesor con singular aprecio; escuchó de sus labios la sincera verdad, expuesta con leal franqueza; y movida de un sentimiento desinteresado y puramente religioso, ordenó que se presentase de nuevo Colon en la corte, que se le facilitase dinero para comprar un traje, y que se le atendiese en todo lo que necesario fuese. Las almas generosas y buenas gozan en proporcionar momentos de satisfaccion á los que padecen, y Fray Juan Perez de Marchena, que poseia un corazon immaculado, nutrido en los dulces sentimientos de la caridad y ejercitado en la práctica de la virtud, comunicó, sin pérdida de momento á su afligido amigo, la buena nueva que debia inundarle de dicha. Colon sintió latir su corazon de consoladora esperanza, y tuvo un recibimiento lisonjero y favorable que le hizo presentir un feliz éxito. Las circunstancias parecian haberse dado cita para favorecerle. Su excelente amigo D. Alonso de Quintanilla, que era, como queda dicho, contador general, se hizo cargo de su persona, y llegaba en los satisfactorios momentos de presenciar la rendicion de Granada á las armas españolas.

Vencido el poder de la media luna y libre España, despues de setecientos años de una guerra heroica y sin ejemplo, de las huestes mahometanas invasoras, volvieron los Reyes Católicos la vista á empresas de engrandecimiento nacional, y el proyecto de Colon fué aceptado. Todas las objeciones fueron destruidas; todos los tropiezos vencidos. El saber y la constancia habian triunfado de la preocupacion, patrocinados por la virtud y la mag-

nanimidad de una gran reina. El pensamiento de Colon fué aceptado el año de 1492, seis despues de su llegada á España. Un sublime rasgo de la magnánima Isabel fué el que decidió en pro del pensamiento del cosmógrafo genovés. El tesoro se hallaba casi exhausto, con motivo de la prolongada guerra contra los moros; y viendo que el rey se manifestaba poco inclinado á emprender gastos en una empresa dudosa, exclamó la reina: «Yo tomo bajo mi proteccion el plan presentado, y empeñaré, para llevarlo á cabo, las alhajas que poseo». ¡Noble y grandiosa resolucion que forma la mas elocuente apología de las brillantes dotes de aquella magnánima soberana! Desde ese momento fué aceptado el proyecto.

Allanados con la resolucion de Isabel los obstáculos y las dificultades, se firmó el convenio en la villa de Santa Fé de la Vega de Granada, cuyos artículos, en sustancia, eran los siguientes:

- 1.º Que quedaba desde aquel instante nombrado almirante y virey perpétuo de todos los mares y tierras que se descubriesen, cuyas prerogativas pasarian á sus herederos despues de su muerte.
- 2.º Que para el gobierno particular de cada territorio, eligiese tres individuos que propondria á los Reyes Católicos, á fin de que éstos prefiriesen al que juzgasen conveniente.
- 3.º Que se le concedia la décima parte de las mercancías que se cogieran ó adquiriesen en los límites del almirantazgo.
- 4.º Que los jueces que pusiese en cualquier punto de España que se hallase en relaciones comerciales con las



Indias, serian los que resolviesen los pleitos que se suscitasen sobre aquella materia.

5.º Que en todos los barcos que se armasen para hacer el comercio con los puntos descubiertos, tendria la octava parte de sus utilidades, siempre que contribuyese con la octava parte de los gastos para armarlos.

1492. Firmados los anteriores artículos en la villa de Santa Fé, el 17 de Abril de 1492, los Reyes Católicos entregaron á Colon cartas para todos los soberanos, á fin de que le considerasen como general y ministro de la nacion española, y el ilustre marino se dirigió á la villa de Palos para disponer, en aquel puerto, de los buques que debian marchar á la expedicion.

La heróica constancia de Colon debe servir de ejemplo y norma á los hombres que han concebido algun útil pensamiento en pro de la humanidad, para que con él se alienten y no desmayen por los contratiempos que se les presenten. Diez y ocho años largos de burlas, de desaires y de miserias, sufrió el descubridor del Nuevo-Mundo, para hacer aceptable su proyecto; pero al fin tuvo el placer de ver realizada su idea, y de haber conquistado para su nombre una gloria que durará cuanto duren los siglos.

Colon se presentó de nuevo en el convento de la Rábida, no triste y pensativo como la vez primera que llegó á él en demanda de un pedazo de pan y un poco de agua, sino irradiando en sus ojos la alegría, y henchido de gozo el corazon. Fray Juan Perez de Marchena, que era verdaderamente el héroe que había trabajado con mas decision y celo por el triunfo de la idea del sabio genovés, le estrechó en sus brazos con efusion profunda de gozo.

La expedicion debia salir del puerto de Palos.

Colon se presentó en la poblacion el 23 de Mayo, acompañado del virtuoso sacerdote, á quien los vecinos todos miraban con singular cariño y respeto.

Convocados los habitantes de la villa para asistir á la iglesia de San Jorge, concurrieron á la hora señalada. Colon se dejó ver al lado del venerable guardian de la Rábida, y el escribano público leyó, en presencia de los alcaldes, de los regidores y de la numerosa concurrencia, la orden expedida por los Reyes Católicos, en la cual se mandaba poner á disposicion del cosmógrafo genovés dos carabelas.

Las autoridades prometieron acatar lo dispuesto por los soberanos, y desde aquel momento solo se pensó en disponer la pronta salida de la expedicion.

La real disposicion llenó de terror á los marineros que temian ir al descubrimiento, y sobresaltó á los dueños de carabelas, que juzgaron perdidos sus barcos. Si la expedicion al través del Océano era considerada por la mayor parte de los que gozaban reputacion de sabios, como un sueño de una imaginacion delirante, para los rudos marineros á quienes se obligaba á emprenderla y seguir al que todas las naciones juzgaban un soñador de quiméricas concepciones, debia aparecer como el viaje que emprendian á la eternidad, siendo su tumba las ondas de un mar sin término, que Dios habia puesto á los hombres como el *hasta aquí* de sus empresas. El puerto de Palos era el señalado para dar la gente que emprendiese la navegacion, bajo las órdenes de Colon, en busca de un mundo desconocido, y las familias de los individuos destinados á lanzarse en frá-



giles barcos al Océano, se mostraban afligidas y llorosas, creyendo firmemente que jamás volverían á ver á los séres queridos que iban á alejarse de su lado.

Fray Juan Perez de Marchena procuraba persuadir las del buen éxito que esperaba á los valientes marinos; pero nada bastaba á tranquilizar el corazón de las madres, de las hermanas, de las hijas y de las esposas de los expedicionarios.

A dar aliento y fortaleza al proyecto de Colon, vino la atrevida y oportuna resolución de uno de los marinos más notables de Palos, que se había manifestado siempre adicto á la opinión del cosmógrafo genovés. Este marino era D. Martin Alonso Pinzon, rico y experto navegante, que gozaba de gran reputación y popularidad entre la gente de mar de todos los pueblos de aquella costa. El entusiasta marino español se apersonó á Colon, que aun temía ver fracasar sus esperanzas por el pavor que se había difundido entre los marineros y sus familias; le dijo que él tomaba parte personal en la expedición, así como un hermano suyo llamado Vicente Yañez Pinzon, también inteligente navegante; que ambos pondrían dos bajeles propios con la suficiente tripulación, y que desde aquel instante contase por vencidos todos los reparos de la gente marinera. Colon respiró con aquel ofrecimiento, y celebró un convenio con el marino español respecto de las utilidades que resultasen de la expedición que se iba á emprender. Hecho el arreglo, Pinzon y su hermano facilitaron á Colon la cantidad que éste se había comprometido á adelantar para contribuir con la octava parte al coste de la expedición; le dieron uno de los buques, y se resolvieron á ir ellos mis-

mos en la expedición, desempeñando el puesto de pilotos.

Muchos creen que sin la cooperación de los Pinzones no se hubiera realizado la salida en busca del ofrecido mundo, atendida la resistencia que oponían los marineros á lanzarse en el anchuroso y desconocido Océano.

Allanadas en los primeros días de Agosto todas las dificultades que se habían presentado á la expedición, no se esperaba más que el momento de partida.

Tres eran los barcos dispuestos para cruzar el Océano. Barcos frágiles y pequeños, llamados carabelas, que no excedían en dimensiones á los actuales barcos de río y costas. De los tres, solamente uno tenía cubierta.

Los nombres de esas frágiles carabelas, que la mayor no llegaba á cien toneladas, eran la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*.

Colon sacó á su hijo Diego del convento de la Rábida, y le puso bajo la dirección de un instruido eclesiástico llamado D. Martin Sanchez y de un vecino de Moguer, cuyo nombre era D. Juan Rodriguez Cabezudo. Su ardiente anhelo se dirigía á que recibiese una educación esmerada, así científica como moral.

Nada faltaba ya por hacer.

La noche última que los expedicionarios debían pasar en tierra, llegó.

El silencio reinaba en las calles del puerto de Palos; pero en cada familia de los que iban á partir, imperaba la profunda aflicción.

Colon esperaba la luz del nuevo día con ansiedad.

Las esposas, las hermanas y las hijas de los marineros, con terror.



Para el primero, el tiempo parecía caminar con muletas.

Para las segundas, con duplicadas alas.

¡Esta es la humanidad! Lo que unos desean, otros temen.

## CAPÍTULO II

Parte Colon al descubrimiento del Nuevo-Mundo.—Motin de los marineros —Oferta de Colon.—Descubrimiento de tierra.—Siguen los descubrimientos de nuevas islas.—Descubrimiento de la isla de Cuba.—Origen de la costumbre de fumar.—Descubrimiento de la isla de Hayti.—Visita del cacique Guacanagari á Colon.—Naufragio.

1492. Era la mañana del viernes 3 de Agosto de Parte Colon al 1492.  
descubrimiento del Aun no aparecia en el Oriente la luz de la Nuevo-Mundo. aurora.

Los vecinos de Palos se agolpaban llenos de ansiedad á la orilla del rio de la poblacion, llamado *Barra de Saltes*, donde se hallaban las tres pequeñas carabelas dispuestas á lanzarse en el Océano.

La mayor de aquellas embarcaciones, que era la Santa María, no llegaba á cien toneladas.

Asombra al que hoy cruza el Océano en magníficos va-